

Qué es una homilía

RESUMEN

¿En qué consiste la homilía? ¿Cuáles son los elementos constitutivos que no pueden faltar en ninguna de ellas? A estas preguntas intenta dar respuesta el presente artículo, que reflexiona sobre las dimensiones constituyentes de la predicación homilética que no pueden ser obviadas para que en realidad sea de verdad una homilía. En ella se unen la Palabra, la comunidad y la celebración. Y por eso es útil.

El verdadero éxito de la homilía se consigue cuando se une el mensaje de la Palabra de Dios con la situación que vive la comunidad, enmarcado dentro de la celebración. No vale solo explicar el texto, sino saber sacar la aplicación que eso tiene para la comunidad en este momento y para estos creyentes.

PALABRAS CLAVE: homilía, Palabra, asamblea, celebración, predicador

ABSTRACT

What does a homily consist of and what are its constituent elements that cannot be missing? This article attempts to answer these questions by reflecting on the essential dimensions of homiletic preaching that cannot be overlooked if it is to be a true homily. It brings together the Word, the Community and the celebration; and that is why it is useful. The authentic success of the homily is achieved when the message of the Word of God is united with the situation in which the community lives and framed within the celebration. It is not enough just to explain the text, but requires to draw out the application that it has for the community at this moment and for these believers.

KEYWORDS: homily, Word, assembly, celebration, preacher.

Son muchas las personas que se preguntan al salir de una misa dominical, ¿qué ha dicho el cura? Sin duda, están haciendo referencia a lo que ha tratado el sacerdote en la homilía que ha tenido. Para poder hacer una buena homilía es necesario comprender bien qué es una homilía y lo que significa. En este artículo vamos a descubrir las tres dimensiones que la constituyen sustancialmente y a las que ha de hacer referencia irremediablemente.

La homilía pertenece a la acción pastoral de la Iglesia que se desarrolla con los adultos en la fe, como alimento y expresión de la comunidad cristiana. Está en relación con la pastoral de la Palabra y la pastoral litúrgica; tiene que ver con ambas. Lo que caracteriza, por tanto, a la homilía es que es celebración de la Palabra de Dios por parte de la comunidad cristiana y que se encuentra situada dentro de la celebración litúrgica, como elemento constitutivo de la misma. Su función en el conjunto de la celebración es servir al encuentro entre Dios y la comunidad, es una mediación de un encuentro salvador, y por eso trasciende a la mera actividad humana y se introduce en el misterio de relación de Dios con el pueblo¹.

La Palabra proclamada se convierte en un acontecimiento salvífico, pues es Dios que se dirige hoy y aquí a una comunidad provocando una respuesta de fe en los oyentes. Se trata de una Palabra celebrada, Palabra de Dios a los hombres, que es siempre viva y signo de la presencia operante de Cristo. Es acción del Dios salvador en la actualidad, no una palabra del pasado. En el Nuevo Testamento se ve cómo la proclamación de la Palabra es iniciativa de Dios y cómo se da el protagonismo de Cristo y su Espíritu hoy y aquí.

Siguiendo las aportaciones de J. Aldazábal podemos delimitar las líneas de identidad que debe tener toda homilía y que se fundamenta en una triple dimensión:

- a) Dimensión bíblica. Se trata de un servicio de obediencia a la Palabra de Dios que se acaba de proclamar. Esta sería una función exegética. Supone conocimiento de la Palabra proclamada, del *texto*.

¹ Cf. ALDAZÁBAL, J., «La homilía, resituada en la celebración de la liturgia» *Phase* 91 (1976) 9-11.

- b) Dimensión histórica. Es un servicio a la asamblea que escucha esa Palabra y la recibe para dejarse iluminar y llevar la Palabra a su historia y a su vida. Se trata de la función profética. Supone conocimiento de los oyentes, del *pre-texto*.
- c) Dimensión mistagógica. Comprende un servicio a la celebración, uniendo la Palabra con el rito, conectando a la asamblea con el misterio celebrado, y conduciéndolo al sacramento que se celebra a continuación. Es la función mistagógica. Se realiza en comunión con toda la Iglesia. Esto supone conocer el *con-texto*².

Estas tres dimensiones se pueden traducir en tres referencias temporales. La homilía actualiza el *pasado* haciendo que se cumpla lo que anuncia la Palabra. Está vinculada al *presente* porque da razones para la celebración que se está desarrollando y para la vida. Además, plantea un compromiso de *futuro* por lo que concierne hacer y construir en adelante con el compromiso misionero que implica³.

Con esto podemos afirmar que la homilía es una de las formas más globalizantes de la predicación cristiana, ya que ayuda a que esta Palabra que se ha proclamado sea entendida y acogida por la comunidad como Palabra dicha para la comunidad hoy y aquí⁴. Esto es lo que recoge resumidamente la Comisión Episcopal de Liturgia cuando, hablando de la homilía, especifica que “tiene la función de introducir en el acontecimiento sacramental, es decir, en el ‘aquí y ahora para nosotros’ del misterio de Cristo”⁵.

La homilía tiene la función de educar en la fe a la comunidad cristiana, pero sin asumir el papel de otros momentos formativos como la

2 Cf. ALDAZÁBAL, J., *El ministerio de la homilía*, Barcelona 2006, pp. 61-63; ARTO-LA, A. M., y SÁNCHEZ CARO, J. M., *Biblia y Palabra de Dios*, Estella 1990, 413. Un poco diferente es la orientación que propone A. M. Triacca cuando propone que son tres los centros de interpretación de la Palabra de Dios celebrada: el periodo del año litúrgico en que se esté, la celebración y la asamblea concreta, cf. TRIACCA, A. M., «Biblia y liturgia», en SARTORE, D., y TRIACCA, A. M. (dirs.), *Nuevo diccionario de liturgia*, Madrid 1987, p. 246.

3 Cf. RAMOS GUERREIRA, J. A., *Teología pastoral*, Madrid 1995, p. 419.

4 Cf. ALDAZÁBAL, J., «Predicación», en SARTORE, D., y TRIACCA, A. M. (dirs.), *Nuevo diccionario de liturgia*, pp. 820-821.

5 COMISIÓN EPISCOPAL DE LITURGIA, *Creatividad en la fidelidad*, 7 B.

catequesis, el catecumenado u otras iniciativas de formación. Pero es indudable su papel de iluminar y hacer progresar en la fe. Educa para que la fe crezca y se haga vida para que los creyentes vayan asumiendo en su vida los criterios que Dios nos propone en su Palabra. Nos educa para “lograr la unidad entre la fe que profesamos, la vida que vivimos y el sacramento que celebramos”⁶. Estas funciones están bien sintetizadas cuando se dice que:

“La homilía, aunque posea leyes propias que la distinguen de cualquier otra forma de ministerio de la Palabra, es el elemento de la celebración que mejor facilita la síntesis entre la fidelidad y la creatividad. En efecto, por una parte, está ligada a la liturgia de la Palabra y hace de puente con la liturgia del sacramento, pero, por otra, permite al celebrante ‘partir el pan de la Palabra’ de una manera totalmente personalizada y adaptada a las condiciones reales de una asamblea concreta. Su virtud está en la difícil y necesaria tarea de unir y aplicar un texto fijo y de hace muchos años a una situación concreta actual y cambiante. ‘La predicación sacerdotal [...] no debe exponer la Palabra de Dios solo de modo general y abstracto, sino aplicar a las circunstancias concretas de la vida la verdad perenne del Evangelio’ (PO 4)”⁷.

1.1. AL SERVICIO DE LA PALABRA DE DIOS QUE SE PROCLAMA

Como ya indicaba el concilio Vaticano II, para que se atienda con fidelidad al ministerio de la predicación, ha de atenerse a sus fuentes. “Este debe tener como fuentes principales la Sagrada Escritura y la liturgia, ya que es un anuncio de las maravillas de Dios en la historia de la salvación, es decir, del misterio de Cristo” (SC 35,2), que se ha de exponer íntegra y fielmente.

La primera dimensión por tanto de la predicación homilética es estar al servicio de la Palabra de Dios que se ha proclamado en la celebración. Sirve para explicar lo que Dios ha dicho en el texto, haciénd-

6 ALDAZÁBAL, J., «La homilía, educadora de la fe», *Phase* 21 (1981) 450-451.

7 COMISIÓN EPISCOPAL DE LITURGIA, *Creatividad en la fidelidad*, 7 B.

dolo accesible. No se puede decir que la Palabra ha sido totalmente proclamada hasta que sea comprendida en profundidad por la comunidad. A esta labor sirve la homilía. Por eso no puede ser una predicación libre. Si a la proclamación de la Palabra de Dios en la celebración le sigue una disertación que no se basa en los textos bíblicos, no se puede decir que se dé una homilía, sino otro tipo de predicación ajena a la celebración⁸. La homilía ha de partir de los textos de la Sagrada Escritura leídos para tratar de explicar su intención y exhortar a todos a acogerla en la vida. “La Escritura debe ser fuente de predicación y no pretexto de ideas”⁹. Si no hay Palabra de Dios no puede haber predicación, y tampoco se darán la evangelización ni la catequesis.

Por eso, de la homilía se puede decir que es un verdadero servicio a la Palabra, una prolongación de la lectura bíblica, a la que debe ser fiel y mostrarse como su continuación. Es como una prolongación de la Palabra y se ha de hacer con fidelidad a la misma¹⁰. El predicador ha de entender su ministerio como una obediencia a lo que Dios ha dicho y se pone al servicio de la Palabra. Como decía san Pablo: “No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús” (2 Cor 4, 5). Es decir, ha de hablar en nombre de Cristo, y no en nombre propio. Lo ha de hacer libre de prejuicios y ataduras personales para poder ofrecer a Jesucristo con toda su hondura.

El primer paso en la preparación de la homilía es la lectura del texto. Es la primera aproximación y comprensión del pasaje; luego

8 Cf. FLORISTÁN, C., *Teología práctica, Teoría y praxis de la acción pastoral*, Salamanca 1991, p. 548.

9 CALVO GUINDA, F. J., *Homilética*, Madrid 2003, p. 29.

10 Esta fidelidad a la Palabra está muy bien ilustrada por M. Ramos cuando compara al ministro de la Palabra con un mensajero de otros tiempos que iba en persona hasta los destinatarios a repetir personalmente y de palabra el mensaje que se le había encomendado transmitir (“hombre-mensaje”). Este tenía que aprender muy bien el contenido del mensaje, interiorizar lo que había de comunicar y además debía de hacer de traductor e intérprete porque lleva el mensaje a otro ámbito cultural. El Evangelio escrito hace dos mil años lo actualiza cada vez para poder entrar en diálogo con él. De ahí la extraordinaria responsabilidad del ministro de la Palabra, cf. M. RAMOS, “Fidelidad a la Palabra”, en ALDAZÁBAL, J., y ROCA, J. (eds.), *El arte de la homilía*, Barcelona 1998, pp. 25-26.

vendrá la exégesis y la meditación¹¹. Por eso recomienda el Concilio que los sacerdotes y catequistas se han de dedicar a “leer y estudiar asiduamente la Escritura para no volverse predicadores vacíos de la Palabra, que no la escuchan por dentro; y han de comunicar a sus fieles las riquezas de la Palabra de Dios” (DV 25). Quien ha de iluminar a sus hermanos tiene que ser el primer oyente de la Palabra y se ha de entregar a su estudio y reflexión.

Se necesita saber primeramente la intencionalidad del pasaje leído, qué quería decir a la comunidad a la que iba dirigido para después sacar el mensaje que se aplica a la vida de esta comunidad. Necesita primero escuchar y saber qué dice Dios en esa Palabra a los contemporáneos del texto bíblico¹², para evitar el peligro de manipularlo y predicarse a uno mismo. Esto supone también una tarea de exégesis para hacer en primer lugar una predicación bíblica. Se trata de entender para volver a codificar o re-traducir el pasaje de tal forma que sea comprensible, con un lenguaje accesible, al hombre de hoy y conectado con la vida. Hacer una explicación tiene que servir para aplicar la Palabra a la vida de la comunidad concreta a la que se dirige.

Lo que no procede es que se proclame el texto bíblico y la homilía no haga referencia al mismo, no sea una prolongación de lo anunciado sino un relato personal subjetivo sin conexión con la Palabra. No puede ser un anuncio distinto y extraño, sino una proclamación del Reino¹³. Es inadmisible proclamar un texto sagrado y que su comentario nada tenga que ver con lo leído, ni de manera explícita ni implícita. Por lo tanto, el contenido de la homilía, fiel al leccionario, debe exponer y aclarar los contenidos evangélicos y bíblicos de las lecturas para celebrar el misterio de Cristo y la obra de la salvación.

“La especial vinculación que la homilía tiene con la Palabra de Dios, de cuya liturgia forma parte, hace que la primacía de lo que es necesario comentar la tengan las lecturas que se han proclamado. La

11 Cf. CALVO GUINDA, F.J., *Homilética*, pp. 26-27.

12 Cf. *Ibíd.*, p. 61.

13 Cf. RAMOS DOMINGO, J., “Predicación”, en FLORISTÁN, C. (dir.), *Nuevo diccionario de Pastoral*, Madrid 2002, pp. 1197-1198.

homilía ha de tratar preferentemente del contenido bíblico del leccionario del día conforme a la unidad sintética que brota del misterio de Cristo y une en sí las dos Alianzas” (CONFERENCIA EPISCOPAL, Partir el pan de la Palabra, PPC, Madrid 1985 PPC 20).

Para realizar este servicio a la Palabra el predicador debe tener en cuenta las siguientes actitudes y criterios pastorales en relación al texto bíblico.

- Estudiar y conocer bien la Biblia con los estudios exegéticos actuales sobre los libros bíblicos para clarificar el mensaje de los mismos. Y esto supone un estudio permanente y una actualización constante. No es suficiente contentarse con los estudios bíblicos de la formación en el seminario¹⁴. Es necesario conocer bien el “qué” de la predicación. La preparación bíblica de la homilía exige un estudio exegético continuado. Al menos al empezar a predicar en la liturgia sobre un nuevo libro ha de leer algunos estudios y comentarios bíblicos sobre el mismo. Un predicador no se debe contentar con los conocimientos de la Escritura que ya tiene, sino que es bueno que se sirva de estudios bien fundamentados. En esto tendrá más importancia la teología bíblica que la exégesis filológica, histórica y literaria del texto de la Escritura en sí¹⁵. Con el estudio constante se puede conseguir un conocimiento mayor de la Sagrada Escritura y su sentido. La consulta de los comentarios bíblicos ayuda a entender el contexto histórico y el sentido, el género literario y estilo en que fue redactado.
- Distinguir entre la exégesis y la homilía, ya que esta no es lugar para mostrar la erudición exegética de quien habla. La homilía no es un ejercicio de exégesis del texto leído. Hay que tener en cuenta que la exégesis tiene una finalidad propia y la homilía otra. Y se distingue porque la homilía quiere hacer interpretación actualizadora, quiere entender lo que el texto quería decir para descubrir lo que

14 Aquí se ha de procurar que “el estudio de la Sagrada Escritura sea el alma de la teología” (VD 47) que reconozca lo que la Palabra de Dios dice hoy. El estudio necesario no hace olvidar que la Palabra solo se puede entender viviéndola, por eso es importante que los seminaristas cultiven una profunda vida espiritual.

15 Cf. CALVO GUINDA, F. J., *Homilética*, p. 30.

Dios quiere decir hoy a la comunidad, a cada uno personalmente y al mundo. Pero no conviene confundir una homilía con una clase o una explicación de doctrina cristiana, de teología, de moral, ni con una conferencia. No se trata de hacer una exposición erudita de un tema doctrinal, ni de 'explicar algo' como fin prioritario. La intención de la homilía se centra en la proyección para la vida¹⁶. Más que a la cabeza la homilía debe ir dirigida al corazón; no ha de buscar tanto el ilustrar la mente como mover los corazones, llegar al centro de la existencia humana. Los conocimientos exegéticos son necesarios para realizar un estudio serio y con honradez y no dar por supuesto que ya se tienen todos los conocimientos exigidos. Querer comprender la Biblia para luego explicarla prescindiendo de una exégesis bíblica bien hecha sería una falta de respeto al texto. Además de eso se requiere un conocimiento sapiencial que supone penetrar en la sabiduría divina que la Escritura contiene. A ella se llega a través de la oración, la meditación constante, como condición de quien se prepara para predicar¹⁷.

Podemos decir que la tarea del homileta se parece mucho a la labor del médico que tiene mucha ciencia acumulada, pero luego cuando le habla al paciente no tiene que demostrarle todo lo que sabe, sino que tiene que transmitirle, en un lenguaje comprensible, lo que él necesita conocer y lo que le es útil para su vida¹⁸. Así también debe saber traducir el mensaje bíblico el que predica, 'olvidando' en la homilía gran parte de lo que ha sacado en los estudios exegéticos. Todos esos conocimientos bíblicos han de ser como la cimentación de un

16 La homilía se ha de aprovechar de lo bueno de cada tipo de exégesis, para hacer una interpretación totalizadora que conduzca a que la Palabra sea la que dé el sentido último de la existencia de los fieles, Cf. LLOPIS SARRIÓ, J., "Exégesis y homilía", en ALDAZÁBAL, J., y ROCA, J. (eds.), *El arte de la homilía*, p. 24.

17 Cf. OTTO, F. DE CARLOS, "Hablar después de Dios: la Palabra como centro de la predicación", *Sal Terrae* 69 (1981) 266.

18 Cf. Se pueden tener muchos estudios, pero la explicación del texto ha de ser de manera popular y accesible: "El predicador debe ser tan poco investigador como el médico. Pero como este, en su servicio a las personas, debe emplear lo que la investigación pone en su mano, por lo cual debe tener en cuenta la situación individual de la persona, por lo demás exactamente como el médico", (UHSADEL, W., *Die gottesdienstliche Predigt. Evangelische Predigtlehre*, Quelle & Meyer, Heidelberg 1993, pp. 91ss, citado por CALVO GUINDA, F. J., *Homilética*, p. 35).

edificio, que no se ven pero dan sustento a todo lo construido; están por debajo y no se ven, sin embargo su aportación es fundamental¹⁹. Los conocimientos bíblicos están detrás, y tienen que aparecer poco, pero de manera sustanciosa. Los fieles no tienen que entender todos los versículos sino captar el mensaje central del texto.

- Sacar de cada pasaje bíblico la intencionalidad que tiene, mostrar las actitudes y los criterios para la vida que ofrece. Debe buscar el predicador el mensaje central que transmite la Palabra, el sentido principal de lo que nos quiere decir, la intención que tiene el autor cuando lo escribe, y no perderse en los detalles o particularidades que se sacan del estudio exegético. Le interesa al predicador el sentido principal del texto para que sea alimento a la comunidad y no perderse en los sentidos secundarios, aunque también aparezcan en el estudio²⁰. Este estudio, al menos, le debe servir para saber en lo que no se debe insistir y para no dar interpretaciones de la Escritura según su propio parecer y conocimiento.
- Mostrar el diálogo que se da entre Dios y el hombre, que es buena noticia y salvación, sin que el predicador lo empobreza o reduzca por su mentalidad. Su objetivo será re-traducir el mensaje bíblico haciendo un proceso de reconversión en el que se desenvuelve del lenguaje cultural e histórico en que viene envuelto para transmitirlo de manera que sea más inteligible para los cristianos de hoy y sea más cercano y comprensible²¹.

19 Cf. INESTA, A., «Cómo predicar en la celebración sacramental. Líneas de fuerza», *Sal Terrae* 69 (1981) 250.

20 Cf. CALVO GUINDA, F. J., *Homilética*, pp. 34-35.

21 J. Aldazábal recuerda los diferentes sentidos de interpretación de los pasajes bíblicos recogiendo las aportaciones de Orígenes que proporcionó una aportación decisiva al desarrollo de la homilética con su doctrina del triple sentido de la Escritura. Orígenes, siguiendo la división tripartita de san Pablo, afirma que la Escritura está en analogía con el hombre que consta de cuerpo (*soma*), alma (*psique*) y espíritu (*pneuma*), a los que corresponden el sentido literal (histórico), moral y espiritual o alegórico, *Tratado de los principios*, IV, 11, citado por ALDAZÁBAL, J., *El ministerio de la homilia*, pp. 66-70.

Según esto el sentido literal es lo que directamente dice el texto según la intención del autor inspirado; el sentido histórico es lo que quería decir dentro de su contexto; el sentido espiritual que es el sentido cuando se lee bajo la influencia del Espíritu Santo y que hace referencia a la salvación en Cristo y la vida nueva que viene de él, que se puede extraer del texto mismo, más profundo que el sentido literal; el sentido

- Un buen predicador es obediente a la Palabra y sabe que está al servicio de ella. Lo que dice debe estar fundamentado en la Palabra, que es la protagonista. Por eso, y para mostrar que se sigue el texto bíblico es bueno hacer referencia al mismo, incluso cogiendo el libro sagrado en las manos y recurrir a él de vez en cuando para demostrar, con la repetición de algunas frases, palabras o argumentos, que lo que se está diciendo está basado en la Palabra²².

Pero el mantenerse fiel a la Palabra entraña unas dificultades que es necesario conocer para poder solventarlas de la mejor manera. Estas dificultades se pueden concretar en las siguientes:

- La Escritura está cifrada en un lenguaje bíblico que no es fácilmente comprensible para el hombre de hoy. Como nos recordaba el papa Francisco:

“conviene estar seguros de comprender adecuadamente el significado de las palabras que leemos. Quiero insistir en algo que parece evidente pero que no siempre es tenido en cuenta: el texto bíblico que estudiamos tiene dos mil o tres mil años, su lenguaje es muy distinto del que utilizamos ahora. Por más que nos parezca entender las palabras, que están traducidas a nuestra lengua, eso no significa que comprendemos correctamente cuánto quería expresar el escritor sagrado” (EG 147).

La Biblia fue escrita hace muchos siglos y en una cultura muy alejada de la nuestra. Para entender lo que quiere decir es necesario cono-

litúrgico está aplicado a la celebración en la que se lee el texto y el sentido subjetivo hace referencia a lo que quiere decir para mi vida. Todos estos sentidos de la Escritura confluyen en la homilía, haciendo que sea el elemento más eficaz para la transmisión de la Palabra de Dios.

22 A veces los Padres de la Iglesia nos refieren que predicaban con el libro santo en las manos, como san Agustín: “Ha llegado ya el momento en que yo tengo que dejar el libro santo y vosotros tenéis que regresar cada uno a sus ocupaciones”, *Tratado 35 sobre el Evangelio de san Juan* 9, 8-9. O san Juan Crisóstomo cuando afirma: “Tengo en mis manos su palabra escrita. Este es mi báculo, esta es mi seguridad, este es mi puerto tranquilo”, *Homilia antes de partir en exilio*, 1-3, cf. SANCHO ANDREU, J., «Sagrada Escritura, leccionarios y homilía», en FERNÁNDEZ SAGRADOR, J. J., y MAYORAL, J. A. (eds.), *La Sagrada Escritura en la Iglesia. Actas del Congreso con motivo de la publicación de la Sagrada Biblia*, Madrid 2015, p. 334.

cer el contexto social, cultural y religioso en el que fue escrita. Sin eso puede parecer algo extraña. Es necesario comprender los simbolismos y las figuras literarias que se usan dentro de ella, además de conocer los géneros literarios que se utilizan en cada texto.

Pero esta fidelidad a la Escritura y la labor de interpretación que debe hacer el homileta no debe llevar a un abuso en la utilización de la Escritura, en el sentido de recurrir a ella para dar respuesta a todos los interrogantes que el hombre actual se plantea y que es probable que quedaran fuera de las preocupaciones del texto²³.

- Los avances de los estudios exegéticos actuales cuestionan la historicidad de algunos pasajes o de algunos libros. Debemos tener en cuenta que los libros sagrados están escritos desde la fe y tienen una intención religiosa. Para poder interpretarlos bien es necesario primero situar el texto en el contexto en el que fue escrito. A partir de esto, la homilía se ha de construir no solamente con una interpretación meramente literal, o sencillamente alegórica, o solamente moral, sino que, conjugando lo positivo de todas estas interpretaciones y evitando los excesos que pueden producir, se ha de hacer una exégesis totalizante, que conduzca al fiel a dar sentido a su vida con la Palabra de Dios proclamada, explicada y vivida²⁴. Hay que buscar en la homilía el sentido más pleno y espiritual de la Escritura, realizando una interpretación alegórica y moralista objetiva, basada en indicios del mismo texto, fuera de toda exageración (más propia de otros tiempos).
- Otra dificultad que existe es que algunos pasajes que hoy se leen en el leccionario son poco conocidos o son más complejos y no se sabe qué predicar de ellos²⁵. De hecho, hay que tener en cuenta que “la lectura de estas páginas exige tener una adecuada competencia, adquirida a través de una formación que enseñe a leer los textos en su contexto histórico-literario y en la perspectiva cristiana” (VD 42) en que se interpreta todo basándose en Cristo y su mandamiento

23 Cf. ALDAZÁBAL, J., *El ministerio de la homilía*, p. 73.

24 Cf. LLOPIS SARRIÓ, J., «Exégesis y homilía», en ALDAZÁBAL, J., y ROCA, J. (eds.), *El arte de la homilía*, pp. 22-24.

25 Cf. ALDAZÁBAL, J., *El ministerio de la homilía*, pp. 64-66.

del amor. A esto se une la dificultad de armonizar el mensaje de las tres lecturas en la homilía dominical. Habitualmente

“en los domingos del tiempo ordinario la segunda lectura sigue un curso independiente de las otras dos, ya que sigue una lectura continua en el tiempo. Esto hace que no se deba armonizar forzadamente con las otras dos lecturas en la homilía. En estos domingos, en las fiestas y ferias de los tiempos fuertes la relación entre la primera lectura y el evangelio es habitual”²⁶.

Siendo así las cosas, no es productivo, si no es natural el buscar una relación artificial o forzada de las tres lecturas leídas en una misa. Aunque también contamos con la indicación de que es posible predicar “primariamente sobre la segunda lectura” (DH 148) ... y se podría basar la “homilía principalmente sobre el texto del Apóstol” (DH 149). Muy provechoso resultará tener con antelación una programación sobre qué textos predicar a lo largo del año litúrgico para evitar comentar siempre solo el evangelio y no olvidar sistemáticamente los escritos paulinos de la segunda lectura.

1.2. AL SERVICIO DE LA ASAMBLEA REUNIDA

La comunidad cristiana celebra y acoge la Palabra de Dios y es a ella a quien se dirige la homilía. Esta está al servicio de la asamblea. El que predica no es alguien extraño a la comunidad, sino que es miembro de la misma, forma parte de la asamblea. Y está en sintonía espiritual con los demás. Habla desde dentro, como un hermano que ha recibido el encargo de hacer que la comunidad reciba y acoja la Palabra²⁷.

Por medio de la predicación se ha de buscar la aplicación de la Palabra al hoy y al aquí, a la vida y a la historia de la comunidad. El predicador cuando habla “debe sacar de los textos antiguos un alimen-

26 SANCHO ANDREU, J., «Sagrada Escritura», p. 340.

27 Cf. ALDAZÁBAL, J., «La homilía es para la comunidad», *Phase* 207 (1995) 234-235.

to espiritual adaptado a las necesidades actuales de la comunidad cristiana”²⁸. Se ha de mostrar que la historia de la salvación continúa, que Cristo sigue vivo y sigue enseñando como maestro, y actuando también hoy, aquí y ahora, entre nosotros, en las circunstancias concretas de la historia. La Palabra sigue interpelando con fuerza a cada generación; no se proclama en vano. Se debe hacer descubrir que el Reino también se cumple y se hace presente aquí. La Palabra se encarna en cada asamblea que se reúne y la celebra. Los hechos de la actualidad deben tener cabida en la homilía²⁹. Esta ha de saber leer e interpretar los signos de los tiempos en los acontecimientos de la comunidad, y presentando la Palabra de Dios como viva y actual, hacer que Cristo siga vivo hoy, aquí y ahora, entre nosotros.

Entonces, la homilía recoge y comprende también la vida de la comunidad y está estrechamente condicionada por ella: por quienes la forman, por su ambiente, por sus circunstancias. No puede estar al margen de los hechos de la vida de la comunidad. Se han de examinar estos hechos con medios de análisis y valoración para descubrir en ellos cómo se cumple el reino de Dios y lo que este nos exige. Se puede entender que “la predicación es una forma muy personal de acompañamiento de una comunidad”³⁰. Distribuida a lo largo de todo el año en cada domingo o a diario la homilía se convierte en un servicio privilegiado y eficaz para acompañar a la comunidad en el crecimiento y educación en la fe. Y, para especificar la relación entre predicación y comunidad, se puede decir que no hay auténtica predicación mientras no sea ‘recibida’, acogida por la comunidad como luz y como alimento.

Este conocimiento de la comunidad y la comprensión interpretativa del texto deben concitarse con la claridad expositiva. Se ha de hacer una traducción fiel al mensaje evangélico, pero de forma inteligible para la comunidad a la que se dirige. Debe ayudar a los presentes a que

28 PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Madrid 1996, p. 45.

29 De ahí que las noticias deban ser también tema de la homilía, y el carácter “secular” de la homilía, porque habla de la actualidad del hombre situado en el ámbito secular, como propone L. Maldonado en *Homilías seculares sobre el nuevo leccionario. Meditación-exégesis-actualización*, Salamanca 1971, 19-20.

30 CALVO GUINDA, F. J., *Homilética*, p. 78.

apliquen la Palabra a su vida, porque creemos que la Palabra es actual y puede iluminar la vida de la comunidad. Creemos que “la Palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo; penetra hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos; juzga los deseos e intenciones del corazón” (Heb 4, 12). Esto lleva a saber unir lo que dijo el texto en su momento con lo que nos sigue diciendo hoy y ahora, ya que exégesis e interpretación de la realidad han de ir unidas. En toda predicación se dan dos interpretaciones juntas: la bíblica, de donde se saca la fundamentación teológica del mensaje; y una política, que cuenta con el análisis de la realidad humana, personal y social³¹.

Para que una interpretación de la Escritura se convierta en predicación hace falta que en ella estén presentes los destinatarios actuales a los que se anuncia la Palabra. Simplemente con sacar el contenido de un texto no se realiza ya una predicación bíblica. Es necesario que el predicador sitúe ese mensaje en el sentido que puede tener para su comunidad actual.

A este respecto conviene confirmar que no todos los pasajes bíblicos tienen algo que decir en toda situación. No hay que realizar una predicación forzada y artificiosa. Hay que respetar el sentido literal que es el sentido del texto y que manifiesta lo que Dios ha querido revelar³², recordando que fue dicho para una comunidad distinta de la nuestra. Por eso “se debe evitar un biblicismo ahístico que traslada sin más el texto bíblico al tiempo actual, sin tener a la vista la diferencia entre el contexto social y eclesial de entonces y el de hoy y sin tener en cuenta la distancia histórica entre entonces y hoy”³³. Es tarea del predicador actualizar el sentido del misterio expresado en el texto para que esa Palabra de Dios sea significativa en el presente. Ha de partir de una comprensión exegética profunda para hacer una interpretación actualizadora de la Palabra y conseguir poner a los creyentes ante el

31 Cf. FLORISTÁN, C., *Teología práctica*, p. 555.

32 «Lo que Dios ha querido revelar se encuentra en lo que el texto dice, no en lo que al lector se le ocurre que el texto podría significar». Una interpretación no puede considerarse válida si va en contra del sentido literal». (BUSTO SAIZ, J. R., «La Sagrada Escritura en la homilía», *Sal Terrae* 104 (2016) 314-315).

33 CALVO GUINDA, F. J., *Homilética*, p. 62.

misterio de Dios que se está celebrando, invitar a la misión que hay que realizar. Esta actualización del mensaje bíblico lleva a descubrir la presencia y eficacia de la Palabra en el hoy de la vida del creyente³⁴, confrontándola con los problemas y situaciones del presente. Es mostrar cómo hoy se cumple la Palabra de Dios y sigue siendo eficaz. Esta interpretación actualizadora lleva a comprender la historia personal y comunitaria como historia de salvación³⁵. Se ha de presentar con la actualidad que poseen todas las noticias cuando aparecen. A esto se enfrenta la ley que nos dice que algo que ya es conocido, que se repite, pierde interés y deja de ser noticia. Contra esto hay que luchar en la predicación utilizando unas nuevas formas de comunicar el mensaje³⁶.

La comunidad ha de escuchar activamente la Palabra, acogerla, hacer que resuene en su interior y ponerla por obra en la vida. Y esto lo hace gracias al servicio de los ministerios de la Palabra que contribuyen a que esa Palabra pueda llegar de la mejor manera posible al pueblo y que lo haga de manera efectiva. A ello contribuyen el ministerio del lector, el salmista, el monitor y el predicador³⁷. A la escucha y acogida interior de la Palabra también contribuyen las posturas externas. El estar sentados durante las lecturas y el salmo favorece la atención y el recogimiento. El ponerse de pie en la proclamación del evangelio expresa respeto y disponibilidad ante las palabras de Cristo³⁸. La homilía se escucha sentados como acogida meditativa y reflexiva.

Para realizar este servicio de mediador entre Dios y el pueblo de hoy, el predicador debe:

- Conocer bien la comunidad a la que se dirige y quiénes la componen, con sus circunstancias, sus deseos, sus preocupaciones, sus inquietudes, sus necesidades, sus problemas, su ideología, la situación comunitaria que está viviendo. Será útil para la predicación conocer el barrio en el que vive la gente, su mentalidad, la escala

34 Cf. SANCHO ANDREU, J., «Sagrada Escritura», p. 350.

35 Cf. ARTOLA, A. M., y SÁNCHEZ CARO, J. M.. *Biblia y Palabra de Dios*, p. 413.

36 Cf. GUERRA, J. L., «Homilía y comunicación», *Pastoral Litúrgica* 227 (1995) 29-30.32.

37 Cf. ALDAZÁBAL, J., *El ministerio de la homilía*, 78.

38 Cf. ALDAZÁBAL, J., «La homilía es para la comunidad», pp. 233-234.

de valores que les mueve, el nivel cultural que tienen, los gustos, las diversiones y entretenimientos... Esto no se conocerá más que con la cercanía a la gente y al barrio; no es un conocimiento que se pueda adquirir en los libros. Si no se da esa cercanía cordial para comprender al pueblo no será fácil hacerse entender en la homilía, y estas serán aburridas³⁹. Entendiendo la homilía como una forma de diálogo entre un pastor y su pueblo, podemos afirmar que no hay un profundo diálogo más que con quien se conoce de verdad. Por eso la homilía exige que se conozca a quien va dirigida, porque no se habla para una asamblea en general sino para una gente muy concreta. El predicador debe adaptar la homilía a la capacidad de comprensión y a las expectativas de sus oyentes. Y se convierte en una manera de medir la cercanía del sacerdote con el pueblo. Esto hará que la Palabra se pueda actualizar, sea iluminadora e interpelante en su “hoy”⁴⁰. Quien predica es un creyente entre creyentes, que al predicar se va acercando más a la comunidad y aumentando su respeto hacia los que la componen⁴¹.

De ahí que el Código de Derecho Canónico establezca que el párroco para conocer a los fieles visite a las familias, “participando de modo particular en las preocupaciones, angustias y dolor de los fieles... consolándoles...”, ayudando a los enfermos, moribundos, pobres, a los que se encuentran solos, los emigrantes y a los padres “para que se fomente la vida cristiana en el seno de las familias” (CIC 529 §1). También tiene que conocer el mundo actual en el que se vive. Si no es así no podrá realizar un buen servicio a esa comunidad. La homilía ha de ser una ayuda a actualizar el sentido de la Palabra para nosotros hoy y aquí. Y debe iluminar esta historia.

39 “El problema de las homilías aburridas –por decirlo así– es que no hay cercanía. Precisamente en la homilía se mide la cercanía del pastor con su pueblo”. (FRANCISCO, *Diálogo con los estudiantes de los colegios pontificios y residencias sacerdotales de Roma* (12-mayo-2014) en http://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2014/may/documents/papa-francesco_20140512_pontifici-collegi-convitti.html) [fecha consulta: 29-abril-2020].

40 Cf. ARTOLA, A. M., y SÁNCHEZ CARO, J. M., *Biblia y Palabra de Dios*, p. 413.

41 Cf. ALDAZÁBAL, J., «La homilía, educadora de la fe», p. 452.

- Aplicar la intención central de la Palabra con lo que tiene de denuncia o de estímulo a las circunstancias de hoy, de igual manera que lo hacía el texto leído a las circunstancias que se daban en su momento. Por ello la homilía se ha de centrar en las actitudes y en los criterios de actuación, no en los detalles propios del tiempo bíblico. La cuestión que se plantea el predicador es qué me dice a mí la Palabra de Dios y qué podría decir hoy a los oyentes de mi comunidad. ¿Qué mensaje me interpela a mí de modo que sea interpelante para los oyentes de la comunidad? ¿Qué relación hay entre la situación de la comunidad del texto bíblico y la situación de la comunidad a la que se predica hoy el texto? Se ha de preguntar si hay relación entre ambas y cuáles serán las diferencias. La interpretación que se haga de un texto tiene que cambiar según cambien las circunstancias de la comunidad a la que se dirige. Por eso la homilía también tiene un carácter profético ya que anuncia que lo que se ha proclamado va dirigido a esta comunidad como dicho para ella en estos momentos. El profeta tiene como tarea principal el anuncio de que el reino de Dios se hace presente. Tiene que hacer que la Palabra de Dios siga siendo actual para esta comunidad y que se sienta interpelada por ella.
- Evitar la parcialidad y las preferencias personales a la hora de servir a la Palabra, centrándose en la intención de la Palabra. No se debe partir de la idea que tiene el predicador de la comunidad sino de donde realmente se encuentra el oyente. Para que este se sienta interpelado por la predicación esta debe partir de la situación de vida en la que la comunidad se encuentra y dar respuesta a los interrogantes que los fieles se planteen, y no intentar dar respuesta a preguntas que nadie se hace⁴² o a problemas que a nadie le interesan. Debe preguntarse por las preocupaciones, inquietudes y esperanzas que invaden a los fieles y confrontar todas esas realidades de la comunidad con los textos bíblicos para darles luz, haciendo la función de mediador entre los creyentes y Dios.
- Tener en cuenta todas las circunstancias externas que rodean a la comunidad: sociopolíticas, eclesiales, laborales... Interpretar con

42 Cf. CALVO GUINDA, F. J., *Homilética*, pp. 44.50.63.67.

la homilía los signos de los tiempos que se encarnan en las actuales circunstancias históricas concretas. La Palabra también ilumina y juzga estos acontecimientos de la sociedad y de la comunidad. Los verdaderos problemas de la comunidad han de ser iluminados o encontrar una respuesta en la Palabra de Dios por medio de la acción del predicador, cuya acción debe estar al servicio de la comunidad⁴³. El verdadero servicio de la predicación se da cuando se unen el mensaje de la Palabra con la situación de la comunidad, siendo interpelación para la vida, cuando ayuda a los fieles a traducir esa Palabra escuchada en actitudes que influyen en su actuar en la vida. Ayuda a distinguir lo que hay de alejamiento de Dios y lo que es gracia suya en los acontecimientos de la comunidad y en las actuaciones de las personas y la comunidad. Este es el papel de la comunidad sobre la homilía. Y para poder desempeñarlo bien hace falta estar informado de los acontecimientos, las noticias, que se producen en el ámbito más cercano y en el mundo. Se requiere por parte del predicador capacidad de escucha, saber discernir cuáles son los actuales dramas sociales, las inquietudes o preocupaciones principales de las gentes de la comunidad. De esta manera se podrá poner en relación la Palabra con los intereses y problemas de los hombres⁴⁴.

- Provocar una respuesta de acogida y compromiso personal con la Palabra, abriendo horizontes de esperanza. Tiene que hacer que resuene la Palabra en el corazón de los oyentes, en su historia y en su proyecto de vida. La homilía ilumina la existencia de los fieles y es interpelación profética que mueve al compromiso profético con la vida concreta. Y esto no se puede hacer con una homilía ya escrita por otra persona en cualquier sitio y tomada para otra comunidad concreta. No valdrá una homilía preparada para cualquier situación y para ‘todos los públicos’. Será necesario que esté adaptada a los oyentes a los que se dirige, que abarque la situación en que se encuentran. Solo será posible esto si es una homilía

43 Cf. BROSSE, O. de la, «La predicación», en LAURENT, B., y REFOULÉ, F. (dirs.), *Iniciación a la práctica de la Teología*, t. V, Madrid 1986, p. 335.

44 Es lo mismo que refiere K. Barth de que preparaba sus homilías con la Biblia en una mano y el periódico en la otra, cf. ALDAZÁBAL, J., *El ministerio de la homilía*, p. 80.

‘nueva’, hecha para cada ocasión y contando con las personas a las que va dirigida⁴⁵.

En esta aproximación que hace el predicador a la comunidad encuentra una dificultad en que hoy en día muchas comunidades tienen una composición muy variada y heterogénea en cuanto a las personas que la forman, con formación religiosa y actitudes espirituales diversas. Suele haber diferencias en cuanto a la edad, la condición social, la procedencia de diversas culturas (procedentes de la inmigración), diferentes niveles de interés y de escucha... Muchas veces, sobre todo en las ciudades, más que una comunidad o asamblea, lo que tenemos es un público religioso y anónimo: un conjunto diverso de fieles que se juntan para la celebración pero que no se conocen y tienen poca relación⁴⁶. En el caso de la predicación circunstancial que se produce en determinadas ocasiones, como es un bautizo, unas exequias, unas primeras comuniones o en las fiestas patronales, la diversidad de fieles que se reúnen es mayor. Y esta es otra circunstancia que hay que tener en cuenta⁴⁷. No podrá dirigirse la predicación a todos ni tener en cuenta todas las circunstancias. Pero la homilía no se podrá dirigir siempre a los convencidos y dejar de lado a los demás, a distintos grupos o sensibilidades presentes en la asamblea, porque la Palabra se dirige a todos y ha de ser hecha de tal manera que todos los que asisten la puedan comprender⁴⁸.

También hay que tener en cuenta que la acogida que tenga la homilía va a depender de la actitud religiosa y el grado de compromiso cristiano que tengan los que asisten a escucharla. No se puede presup-

45 Cf. CALVO GUINDA, F. J., *Homilética*, p. 50.

46 Hoy en día se ha roto bastante el estereotipo de comunidad uniforme ya que la movilidad de la gente y los desplazamientos durante el fin de semana a la vez que el turismo hace que los asistentes que se congregan en una celebración no sean los mismos y se dé mucha variación de personas.

47 Cf. ALDAZÁBAL, J., *El ministerio de la homilia*, pp. 80-82.84-85.

48 Es muy difícil hacer una ‘homilía mixta’ adecuada para niños y para adultos a la vez, porque su nivel de comprensión e intereses son muy distantes. Por esta razón es muy recomendable la misa de niños ya que permite una predicación adaptada a su nivel de comprensión y vivencias infantiles, que los adultos también son capaces de entender, cf. SPANG, K., *El arte del buen decir. Predicación y retórica*, Barcelona 2002, pp. 36-37.

ner que en una asamblea dominical en la que se reúne una mayor cantidad de personas todos son creyentes convencidos. Los habrá con una fe convencida y con una fe débil; unos más críticos con lo que reciben; otros que esperan ser reafirmados en lo que ya creen y quienes son asiduos practicantes que esperan reafirmar su fe en la celebración. Hoy, en la sociedad secularizada en la que vivimos, hay una difusa división entre los plenos creyentes, los menos convencidos, los que dudan y los que están buscando. Las diferencias en este público pueden ser grandes. Habrá gente que posea una gran cultura y otros no; unos con formación bíblica y otros que desconozcan casi todo de ella. Por eso es importante que el homilista se preocupe de conocer las vivencias de fe de los que le escuchan, qué les inquieta, cuáles son sus dificultades para expresar su fe en un mundo que se vuelve cada vez más indiferente y menos necesitado de Dios. Los fieles que viven en medio del mundo tienen estas vivencias, preocupaciones, miedos... y con ellos van a la Iglesia donde se confrontan con la palabra que reciben.

Por parte del que predica puede venir otra dificultad en cuanto a saber captar la situación histórica y la problemática que se plantea en cada momento; primeramente, en la vida de la comunidad y, después, en la sociedad o país en el que se vive. Es cierto que la predicación tiene que estar atenta a esto, pero no puede centrarse solamente en ello.

1.2.1. Actitudes del predicador respecto a la comunidad

El predicador debe formar parte de la comunidad y muy difícilmente podrá realizar bien esta labor una persona que viene de fuera y que no la conoce. Su palabra será mejor aceptada si es visto por la comunidad como uno de ellos, no como alguien de fuera. Su labor es escuchar la Palabra como uno más de la comunidad, compartir la eucaristía con ellos y pensar lo que la Palabra dice a toda la comunidad.

El predicador sabe acoger y escuchar a la gente de la comunidad para conocer lo que le sucede, cuáles son sus problemas, lo que mueve sus corazones, sus preocupaciones, sus conversaciones, etc., en definitiva, conoce el contexto en el que viven las personas a las que habla. Este conocimiento se adquiere solo por medio de la charla con la gente, el encuentro en la calle, las visitas familiares, las horas de

despacho, en los encuentros con novios o con los padres que piden el bautismo, es decir, en la observación de la vida de la parroquia con vistas a la predicación⁴⁹. Al que va a predicar le resultará muy útil para ello mantener un diálogo con los más cercanos y comprometidos de la parroquia, con los miembros del consejo pastoral parroquial, en el que pueda conocer de cerca la situación de la comunidad. De ahí podrá obtener orientaciones que guíen y centren su predicación. Mientras más extensa y exacta sea la percepción que tenga el homileta de quienes forman la comunidad que le escucha mejor podrá dar respuesta a los interrogantes que se plantea.

Pero la persona que habla para toda la comunidad no solamente tiene que procurar tener el mayor conocimiento de la misma. Ha de ser alguien que ame a esa comunidad concreta a la que habla. Amar a todos supone tener sentimientos de acogida, no desconfiar de los que vienen a escucharle, suponiéndoles buena voluntad. Un buen pastor debe ser alguien que acepte y acoja a todos, tanto a los que son más cercanos como a los más alejados, para ayudar a unos y otros con sus palabras a vivir su fe y a ser mejores cristianos⁵⁰. Sus palabras se deben convertir para todos en palabras de buena noticia, sin tener que ‘echarles la bronca’, ni usar palabras agresivas o de regañina.

De ahí la norma de que los párrocos deben vivir normalmente cerca de la parroquia (CIC 533 §1: “El párroco tiene la obligación de residir en la casa parroquial, cerca de la iglesia”). “El sacerdote debe acrecentar y profundizar aquella sensibilidad humana que le permite comprender las necesidades... ser capaz de encontrar a todos y dialogar con todos. Sobre todo, conociendo y compartiendo” (PDV 72). La solicitud se ha de mostrar con los que van a misa a diario, con aquellos fieles que solo acuden a la misa dominical y los que solo acuden en

49 Cf. CALVO GUINDA, F. J., *Homilética*, 52. Este conocimiento que se pide al predicador es igual que el que se exige al profesor de sus alumnos, de acuerdo con el famoso dicho inglés de: “Para enseñar latín a John, no es suficiente saber latín es necesario también conocer a John y amarlo”, citado por Juan Pablo I en el Ángelus del 17 de septiembre de 1978, disponible en http://www.vatican.va/content/john-paul-i/es/angelus/documents/hf_jp-i_ang_17091978.html [fecha consulta: 20-septiembre-2020].

50 Cf. ALDAZÁBAL, J., «La homilía es para la comunidad», p. 236.

ocasiones señaladas. Deberá amar y ser fiel a las cosas de Dios y amar y ser fiel a la comunidad.

Por medio de su discernimiento y juicio debe conocer cómo afecta la Palabra a la vida de esta comunidad y saber trasladar el mensaje de la Palabra a la situación comunitaria en la actualidad. Se podría expresar diciendo que tiene que traducir el “en aquel tiempo” de los textos bíblicos al “hoy” en el que se vive. La homilía no se queda en relatar lo que sucedió en el pasado, sino que actualiza lo que dice la Palabra para mostrar cómo se cumple también en la actualidad. Este traspaso del “entonces” al “hoy” es en lo que consiste la tarea más propia y personal del predicador. Para hacer esto es necesario descubrir las actitudes humanas que aparecen en el pasaje bíblico para traducirlas al mensaje que se quiere transmitir⁵¹. A ese análisis le ha de seguir la meditación y la oración personal del predicador.

La verdadera homilía interpela a toda la vida, tanto en lo personal como en lo comunitario. Por eso la homilía nos debe ayudar a descubrir la presencia de Dios en todo. Habrá veces que nos interpele en nuestra relación con Dios y en nuestra vida de fe. Otras veces hará que abordemos nuestra relación con los demás y los problemas sociopolíticos de nuestra sociedad.

Tarea del predicador es percibir e interpretar las múltiples facetas de la realidad, mostrando cómo la Palabra sigue siendo actual porque ayuda a comprender los acontecimientos e interpretar los hechos de nuestros días. Tiene que conectar con el estado de ánimo colectivo que se produce por los sucesos, acontecimientos o hechos que son relevantes y que son conocidos por todos. Para ello el predicador ha de estar atento a la vida social y política del entorno, a las preocupaciones que más inquietan a la población del país, a los problemas de convivencia que se dan entre los ciudadanos, a lo que atañe a la Iglesia universal y a la Iglesia local. De diferente manera, en las homilías de un ciclo litúrgico, se ha de ser sensible a los pobres; no se les puede ignorar, pues ellos son los primeros destinatarios de la buena noticia. No olvidarse de la causa de los pobres (cf. Gál 2, 10) debe ser un imperativo de todo

51 Cf. ALDAZÁBAL, J., *El ministerio de la homilía*, pp. 86-88; BLÁZQUEZ, R., «Sobre la homilía», *Phase* 289 (2009) 46.

predicador evangélico, ya que los últimos y los más necesitados son objeto primordial del amor de Cristo.

Si un sacerdote hace una homilía fiel a la Palabra tendrá ocasiones a lo largo del año de mostrar cómo su mensaje es adecuado para las situaciones de la vida que se dan en ese momento de la historia. Pero se ha de llevar a cabo esta tarea de manera equilibrada con un cierto criterio, ya que “no tiene que convertir la homilía en un telediario, pero tampoco debe hacerla atemporal y aséptica”⁵².

Dentro de este tratar asuntos de historia y del mundo contemporáneo, en la homilía también se ha de hablar de las ideas y los hechos políticos y sociales, aunque sea este un tema delicado. El cristiano debe ser un ciudadano responsable en la sociedad y debe preocuparse por las cuestiones sociales, políticas y económicas del mundo en que vive. La fe cristiana no puede ser neutral ante postulados o hechos que nieguen sus fundamentos. Esto es reconocer la dimensión política o pública de la fe y de la vida cristiana. El cristiano no es alguien aislado de estas realidades, sino alguien que se compromete con la realidad humana desde actitudes cristianas. La guía de las actuaciones sociopolíticas de un cristiano ha de ser la fe. Por eso tiene que vivir esta dimensión de la realidad iluminado por la Palabra de Dios. Para un cristiano la fe debe iluminar todas las parcelas de su vida sin excluir ninguna y ser la guía de sus actuaciones y de las de la comunidad. Y la homilía en cuanto que ayuda al cristiano a vivir de acuerdo a la Palabra puede abordar estos temas sociales, pero mostrando en ellos el mensaje evangélico⁵³. Esta es la incidencia social de la homilía en la vida de las personas y de la sociedad, porque si no incide en la vida de la gente pierde su sentido. Hace que la Palabra de Dios tenga incidencia en la vida de las personas con el fin de transformar la sociedad según la voluntad de Dios⁵⁴. Deberá tener una palabra en defensa de los derechos humanos, en contra de las injusticias, de denuncia de lo que se silencia o se calla, de la carrera de armamentos, del problema del hambre en el mundo,

52 ALDAZÁBAL, J., *El ministerio de la homilía*, p. 91.

53 Cf. LLOPIS SARRIÓ, J., «Homilías y política», *Phase* 91 (1976) 60-62.

54 Cf. TATAVULL ANGLADA, S., «La incidencia social de la predicación», *Phase* 55 (2015) 473.480.

en favor del cuidado y conservación del medioambiente, de la paz, de los problemas raciales y de discriminación...

La Palabra y la homilía no pueden dejar tampoco su carácter profético de denuncia de situaciones injustas, de todo lo que vaya contra los derechos humanos, revalorizando el Evangelio como medio que tiene que servir para construir un mundo más justo. Estas cuestiones políticas se han de abordar siempre con delicadeza y equilibrio, sin caer en partidismos políticos. Un predicador con sus palabras habrá de tomar parte a favor de las causas que estén en coherencia con el Evangelio, pero no podrá tomar partido por una corriente política. Se tiene que hacer una homilía litúrgica y no un alegato político o un mitin. No se debe aprovechar para manifestar sus opiniones políticas personales.

El fiel, de manera más o menos manifiesta, tiene su opción política con un grado mayor o menor de militancia. El sacerdote debe ser factor de unidad y no de disgregación en la comunidad, por eso en la predicación no debe mostrar su inclinación hacia un partido político concreto, pero sí puede hablar de política, respetando todas las opciones políticas legítimas desde lo que aporta la Palabra a las distintas cuestiones sociales⁵⁵. Lo ha reflejado el papa Francisco en su última encíclica: “Es verdad que los ministros religiosos no deben hacer política partidaria, propia de los laicos, pero ni siquiera ellos pueden renunciar a la dimensión política de la existencia que implica una constante atención al bien común y la preocupación por el desarrollo humano integral” (FT 276). Sería de desear que la predicación homilética tuviera una mayor repercusión en la sociedad, pues sería signo de que traspasa los muros de la iglesia y llega a los demás hombres como semillas de los valores del reino de Dios que queremos instaurar en nuestro mundo. En muy contadas ocasiones alguna homilía tiene repercusión en los medios de comunicación por ser una denuncia contra valores que no están de acuerdo con el Evangelio en nuestra sociedad.

Debe interpretar la realidad del mundo en coherencia con el texto bíblico. Hay que tener en cuenta las cuestiones y problemas sociales de la actualidad que vulneren los derechos humanos o la dignidad de las

55 Cf. ALDAZÁBAL, J., *El ministerio de la homilía*, pp. 92-93; CALVO GUINDA, F. J., *Homilética*, pp. 73-74.

personas. Es imitar la actitud de Jesús que se preocupaba de los dramas de los demás. Por ello el papa Francisco recuerda que “es importante que la catequesis y la predicación incluyan de modo más directo y claro el sentido social de la existencia, la dimensión fraterna de la espiritualidad, la convicción sobre la inalienable dignidad de cada persona y las motivaciones para amar y acoger a todos” (FT 86). Pero sin tener la necesidad u obligación de tener que hablar de todo acontecimiento ni de todo problema. Lo que no sería admisible es obviarlos sistemáticamente, pues se traiciona el carácter profético de denuncia que tiene la Palabra de Dios. Cuando un predicador no se sienta capacitado para hablar de estos temas, o piense que será mal comprendido, lo mejor es no tratarlos o dejar que sean abordados por otro.

La homilía no solo debe formar e informar, sino que debe ser una invitación a una respuesta de acogida de la Palabra porque interpela la vida del oyente. No se concibe como un monólogo, aunque normalmente solo intervenga el orador, sino que debe ser un acto dialogal en el que no solo el predicador habla a la comunidad, sino en el que la comunidad también le habla a él. Como en todo acto de comunicación, en la homilía también se da un *feedback*, una retroalimentación de la comunidad hacia quien habla. El predicador debe estar atento a dialogar con la comunidad, a saber cómo son acogidas sus palabras, a preguntar a los fieles qué grado de aceptación tiene lo que está diciendo. Esto muestra el éxito o el fracaso de la comunicación.

La expresión de la cara, los gestos, las posturas de quienes están en la iglesia asistiendo a la celebración le hablan al homileta sobre la actitud y disposición a escuchar que manifiestan los que tiene delante. Sus gestos y expresiones dicen mucho de cómo está siendo recibida la homilía. El predicador ha de saber descifrar el mensaje que le envían quienes reciben sus palabras. Tiene que escuchar lo que los oyentes le están transmitiendo. El gesto inexpresivo de la asamblea es señal de su distracción o ausencia. Y si percibe que sus palabras no encuentran buena acogida tiene que rectificar sobre la marcha o saber que es hora de terminar. No se puede ser indiferente ante quienes están escuchando⁵⁶. Pero este estar atento a los gestos de los oyentes puede tener una

56 Cf. COLL-VINENT, R., «La comunicación en las homilías», *Phase* 91 (1976)

contrapartida. También estos con algún comportamiento o movimientos durante el desarrollo de la predicación pueden llegar a despistar y distraer al que habla o hacerle perder el hilo de lo que dice.

La acogida será mayor cuando entre la comunidad y el predicador hay una buena empatía. Cuando los fieles ven a un sacerdote entregado y sincero, que vive lo que dice y siente lo que transmite, las palabras que pronuncia en la predicación van a encontrar un terreno mejor abonado y va a ser una comunidad más receptiva a lo que les diga. Cuando hay una buena relación entre el sacerdote y los feligreses, estos acogerán mejor sus palabras y le disculparán más fácilmente sus carencias pedagógicas en la manera de comunicar el mensaje o el que se alargue un poco más. Cuando la relación no es adecuada, todo esto será más severamente juzgado por los fieles⁵⁷. La falta de simpatía dificulta la comunicación. Estas actitudes interiores sí son percibidas por quienes escuchan al predicador de manera habitual y facilitan o dificultan la acogida de sus palabras.

Por último, la comunidad cristiana puede ayudar al homileta a mejorar en su ministerio homilético haciendo conjuntamente una revisión de la celebración y una evaluación de lo que piensan los fieles sobre las homilías que reciben y de cómo desean que fueran. Mucho pueden aprender los sacerdotes cuando se hace un análisis serio y respetuoso de este ministerio⁵⁸. La comunidad, de alguna manera, predica al predicador, le interpela, le enseña y ayuda a realizar mejor su servicio eclesial.

1.3. AL SERVICIO DE LA CELEBRACIÓN LITÚRGICA QUE SE REALIZA

La Palabra de Dios está en conexión estrecha con la acción litúrgica en la que se proclama. No hay celebración litúrgica en la que no se proclame la Escritura. En efecto, “todo acto litúrgico está por su naturaleza empapado en Sagrada Escritura” (VD 52). La homilía, como

58-59.

57 Cf. CALVO GUINDA, F. J., *Homilética*, p. 88.

58 Cf. ALDAZÁBAL, J., *El ministerio de la homilía*, pp. 93-94.

parte de la liturgia que es, debe conducir de la Palabra proclamada y comentada a la Palabra celebrada en el rito sacramental. Tiene una función mistagógica de dar paso al rito, de introducir en el acontecimiento sacramental, es decir, iluminar en el aquí y en el presente para nosotros el misterio de Cristo que se celebra. Esto es lo que recoge Benedicto XVI cuando expresa que la liturgia “es el ámbito privilegiado en el que Dios nos habla en nuestra vida, habla hoy a su pueblo, que escucha y responde” (VD 52). Pretende el encuentro y la comunión con Dios, por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo. Se le ha llegado a llamar “gozne” o “bisagra”, porque facilita y propicia el “paso de la Palabra proclamada a la Palabra sacramental”⁵⁹, en la que se actualiza el misterio pascual de Cristo proclamado en la liturgia de la Palabra. Ayuda a captar la relación dinámica entre la Palabra y el signo sacramental que le sigue. La homilía dispone a la asamblea a la profesión de fe, a la oración universal y conduce a la liturgia eucarística⁶⁰.

Lo específico de la homilía dentro del ministerio de la Palabra es que se desarrolla dentro de la celebración litúrgica, con una comunidad de fieles reunidos formando una asamblea que celebra y presididos por un ministro, que de ordinario es quien dirige la homilía, porque quien parte el pan debe repartir también la Palabra. La homilía se puede tener también en una celebración de la Palabra y tendrá un carácter más catequético; dentro de la celebración de la liturgia de las Horas –recomendada sobre todo en la celebración de Laudes y Vísperas con asistencia del pueblo (cf. OGLH 47)–, y será más oracional, de modo que se subrayarán los aspectos del mensaje bíblico que tienen aplicación al tiempo litúrgico, a la fiesta u hora correspondiente; o en las celebraciones de los sacramentos y será más sacramental⁶¹. Se puede decir que sin liturgia no hay homilía; puede haber enseñanza, catequesis, instrucción o una conferencia, pero no una predicación litúrgica. La homilía se caracteriza por ser predicación litúrgica y estar siempre orientada y encaminada principalmente a la acción litúrgica sacramental. Se establece como un decir litúrgico que señala cómo se da el paso de la palabra al

59 ASTIGARRAGA, A., «El ‘Directorio homilético’ en relación con ‘Verbum Domini’ y ‘Ordo Lectionum Missae’», *Liturgia y espiritualidad* 46 (2015) 416.

60 Cf. SANCHO ANDREU, J., «Sagrada Escritura», p. 350.

61 Cf. FLORISTÁN, C., *Teología práctica*, p. 547.

rito y cómo tiene su cumplimiento en la celebración el mensaje que la Palabra anuncia. El trasfondo significativo de la liturgia (eucarística), de la predicación y del domingo –día por excelencia para tener la homilía– es el mismo: la muerte y resurrección de Cristo⁶².

Es frecuente que los documentos del Magisterio hablen de la doble mesa: la mesa de la Palabra de Dios y la mesa de la Eucaristía. Ambas se dan siempre íntimamente unidas y en conexión. Así se percibe como “en la misa se dispone la mesa, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, en la que los fieles encuentran instrucción y alimento” (OGMR 28). La homilía da unidad a las dos partes de la única celebración, pues relaciona la Palabra con el sacramento, invitando a celebrar este desde la fe que suscita la primera. Ha de mostrar cómo se da la presencia de Cristo tanto en la Palabra como en la liturgia eucarística. De esta manera la lectura y el rito se interpretan como historia de la salvación que se actualiza y se hace viva en la celebración.

“La relación entre la liturgia de la Palabra y la liturgia del sacrificio, la doble mesa del Señor donde se nos da el Pan de vida (cf. DV 21; PO 18), tiene en la homilía un elemento de conexión y de entronque para mostrar la íntima unidad de la celebración (cf. SC 56)... De manera análoga la predicación litúrgica está también ligada a la unidad entre la Palabra y los elementos rituales de los sacramentos. Pues los fieles, recibiendo la Palabra de Dios y nutridos por ella, son conducidos a una más fructífera participación en los misterios de la salvación” (PPP 12).

“La Palabra y el sacramento están íntimamente relacionados”⁶³, pues en ambos está presente Cristo que comunica y actúa la salvación. Lo que se da en la Palabra, el sacramento lo efectúa en su propio modo y lenguaje. En realidad, se trata de dos modos distintos de dárseños Cristo resucitado: en la Palabra y en el sacramento. La Palabra tiene su plena realización en el sacramento y este encuentra su sentido más pleno en la Palabra. “Esta conexión entre la palabra y el rito aparece más clara cuando la homilía se nutre de las lecturas bíblicas que se han

62 Cf. MALDONADO, L., *La homilía. Predicación. Liturgia. Comunidad*, Madrid 1993, pp. 93.110.113.

63 ALDAZÁBAL, J., *El ministerio de la homilía*, p. 102.

proclamado y en cierto modo el que predica continúa proclamando las maravillas obradas por Dios en la historia de la salvación” (PPP 12)⁶⁴.

Esta inclusión de un texto en una celebración ya le aporta unas claves de interpretación, de acuerdo al “modo propio que tiene la liturgia de leer la Palabra de Dios” (PPP 21). La distribución que tiene la Iglesia de las lecturas de la Biblia en la liturgia “quiere proponer unas claves de interpretación de la Escritura, de cara a la liturgia, esencialmente cristológicas y pascuales. Dicho de otro modo, está refiriendo a Cristo y a su Misterio Pascual todos los contenidos de las lecturas bíblicas” (PPP 21). En la predicación dentro de la eucaristía se han de buscar puntos de conexión entre las lecturas proclamadas, que normalmente no se escogen, sino que siguen un ritmo anual establecido, y algún aspecto del sacramento que se celebra para ponerlo en relación y conseguir esa unión entre Palabra y rito sacramental. La homilía ha de introducir en la eucaristía y conducir al sacramento. Para mostrar esto puede hacer relación a otros elementos del sacramento como oraciones, ritos, gestos, cantos...

Esta interconexión se ve muy clara en los sacramentos en los que las lecturas se refieren directamente al misterio sacramental que sigue. Por eso se dice que la homilía tiene esta función mistagógica que introduce desde la proclamación de la Palabra hasta el misterio sacramental que se celebra⁶⁵. Cuando la liturgia propone unos textos determinados para un tiempo del año litúrgico o para una fiesta de la Virgen o de los santos que se celebra, es porque tienen una relación directa con ellos. Es necesario descubrir y poner de relieve algún aspecto de su vida, de sus virtudes o carismas. Por lo tanto los tiempos litúrgicos también dirigen y ambientan la homilía y le pondrán sus propios matices⁶⁶. “Otro aspecto importante a tener en cuenta al estudiar las lecturas de la misa

64 En la eucaristía tenemos un detalle que nos confirma lo dicho, y es la antífona de comunión. Esta es una frase breve tomada de las lecturas proclamadas y que se recita cuando no hay canto de comunión. Con ella se expresa cómo en la participación en la eucaristía por medio de la comunión se está cumpliendo lo que se ha anunciado. En el momento de recitarla se puede hacer también alguna referencia a la homilía celebrada, cf. MALDONADO, L., *La homilía*, p. 99.

65 Cf. ALDAZÁBAL, J., «Predicación», pp. 822-825.

66 Cf. RAMOS DOMINGO, J., *Cómo transmitir hoy la Palabra. Indicaciones para la homilía*, Madrid 1998, p. 38.

para preparar la homilía, es la aplicación particular que la liturgia hace de ellas al misterio celebrado dentro de la solemnidad o fiesta e incluso dentro del tiempo litúrgico” (PPP 23).

En la celebración de los otros sacramentos (bodas, exequias, matrimonio, penitencia) es más fácil dar el “paso al rito” ya que las lecturas permiten una conexión más fácil con la celebración a la que nos prepara. Se pueden encontrar más puntos de conexión. La Escritura por ser palabra viva, siempre actual, ayuda a interpretar el sentido de las distintas celebraciones a lo largo del año litúrgico. Un mismo pasaje bíblico según una interpretación acomodada a cada circunstancia puede ser utilizado en la homilía de una celebración cristológica, o de una fiesta mariana o bien en la celebración de un determinado sacramento⁶⁷. La Palabra se acomoda a la celebración y tiene una resonancia o significación distinta según la celebración.

Siempre es posible destacar algún sentido distinto de un mismo texto bíblico leído en un tiempo litúrgico o en otro, en una fiesta, o en la celebración de un sacramento o sacramental. “La Palabra resuena de distinto modo según sea la celebración litúrgica o el tiempo del año o la fiesta en la que se proclama. Precisamente porque no es solo un texto, una página de un libro sagrado: sino Palabra viva, acontecimiento siempre nuevo”⁶⁸. La homilía sobre un mismo texto ayuda a vivir los diferentes tiempos litúrgicos bajo aspectos propios según los acentos que se pongan, pero todos centrados en el misterio central de Cristo, que es la Pascua.

“El año litúrgico, por tanto, aparece como el principal itinerario del quehacer homilético, para que la Iglesia lo recorra avanzando progresivamente en la historia de la salvación. La homilía... debe situarse siempre bajo la potente luz de la Pascua que en todos los tiempos litúrgicos revela el sentido pleno de los textos proclamados” (PPP 14).

GABRIEL BAUTISTA NIETO, OSA

67 Cf. ALDAZÁBAL, J., *El ministerio de la homilía*, pp. 103-106.

68 ALDAZÁBAL, J., «De la Palabra al Sacramento», en ALDAZÁBAL, J., ROCA, J. (eds.), *El arte de la homilía*, p. 49. Se pueden dar interpretaciones o explicaciones distintas de un mismo texto según las circunstancias, pero no pueden ser tan diferentes que parezcan ser de textos distintos, cf. *ibid.*, 74.